

parecía ser el jefe, la llevaba de terciopelo, pero tan raída, que podía asegurarse que después de dos ó tres dueños había venido á poder del último poseedor, y prestado sus servicios por largos años y en rudas campañas, porque apenas él hubiera podido decir cuál había sido el color primitivo.

El que llevaba esta ropilla era un mozo de pequeña estatura, enjuto de carnes, escasa barba, negra como el ébano, pero con unos ojos tan brillantes y tan vivos, que llamaban la atención.

La conversacion se animaba, y el pulque hacia á cada momento mas comunicativos á aquellos hombres.

—¿Conque es decir que por ahora vosotros no contais ni con dinero ni con esperanzas de tenerlo?—dijo el de la ropilla de terciopelo.

—Así es la mano, Lúcas—contestó uno de los otros, llevando el cántaro á la boca.

—Siempre os ha de suceder lo mismo—dijo el de la ropilla, á quien los otros llamaban Lúcas.

—¿Por qué?

—Porque en verdad, sois flojes y os falta audacia.

—Lo que nos falta es una empresa buena.....

—Bah! si quisiérais exponer algo, empresas sobran.

—No las veo.

—Sobran.

—Pero ¿adónde?

—Yo sé de varias, y á mí nunca me falta el dinero.

—Ya; pero no todos somos como Lúcas el Jején, hijos de la buena suerte.

—Porque yo trabajo, me ingenio.

—Pues ayúdanos.

XIII.

El Jején.

EN la misma noche en que pasaban los acontecimientos que acabamos de referir, en una especie de fonda triste, inmunda y mal alumbrada, que había en uno de los callejones que desembocaban á la plaza de los Estudiantes ó de la Universidad, cerca de las once, cenaban alegremente cuatro hombres.

Rodeados estaban de una vieja y angosta mesa que á cada momento vacilaba; en medio de ella ardía un velon de amarillento sebo, colocado en un sucio y roto candelero de barro, y cada uno de los comensales tenía delante de sí un gran plato de tortillas enchiladas, y bebía á su turno de un inmenso jarro de pulque que estaba en constante circulacion de una á otra mano.

Aquellos cuatro hombres vestían pobremente viejas y usadas ropillas de bayeta oscura casi todos, y solo uno, que

—Vosotros sois los que debeis ayudarme, que negocios tengo para los que necesito compañeros.....

—Aquí estamos.

—¿Sereis capaces?

—Sí, sí.

—Pues escuchadme; acercaos.

Aquellos hombres reunieron casi sus cabezas para oír mejor, y el Jején tomó la palabra.

—Hay en la ciudad un caballero que me ofrece una buena ganancia, con ciertas condiciones; la empresa es arriesgada, pero la creo segura, sobre todo contando con vosotros que sois hombres de valor.

—Veamos, veamos—dijeron todos, y el grupo de las cabezas se hizo mas compacto.

—Se trata de atacar una partida de las tropas del rey.....

—¡Hum!—dijo uno.

—Eso es grave.....—agregó otro.

—Negocio cuando menos de garrote—añadió el tercero.

—En efecto—continuó el Jején—es cosa que puede costar el pescuezo; pero si teneis miedo, nada se ha perdido, tan amigos como antes; lo haré con otros.

—No, no; ¿quién habla de miedo? yo no lo conozco.

—Ni yo.

—Ni yo.

—En tal caso, adelante: ¿cuento con vosotros?

—Sí—dijeron todos.

—Es el caso que.....

Iba á continuar el Jején, cuando un muchacho que servia en la fonda se acercó á él y le dijo:

—Busca un señor á su merced.

—¿En dónde está?

—En la calle espera; me dijo nada mas que era el de marras.

—Dile que voy en el instante—y luego agregó, dirigiéndose á sus compañeros:—vuelvo, no tardaré mucho.

Tomó su sombrero y salió.

—¿Qué empresa será esta del Jején?—dijo uno de los tres cuando Lúcas se retiró.

—Ha de ser difícil, cuando él no la emprende solo.

—Yo lo sigo sea cual fuere; el Jején es muy hábil.

—Yo tambien le acompaño, salga lo que saliere.

Y los tres siguieron bebiendo pulque mientras volvía el Jején.

Habia éste salido á la calle y encontrádose allí con el personaje que lo esperaba, que era una especie de fantasma envuelto en una larga capa negra, cuyo embozo le subia hasta los ojos, cubierto con un gran sombrero negro, de anchas alas y calado hasta las cejas.

—Lúcas—dijo aquel hombre.

—¿Sois vos, Don Justo?—preguntó el Jején.

—Silencio, y no me nombres aquí; ¿están listos los compañeros?

—Dentro de media hora.

—¿Son seguros?

—No los llevaria si no lo fuesen.

—Bien; dentro de una hora te espero en el puente de la Audiencia: cuida de no faltar y de llevarlos.

—Sí, señor.

—Toma.—El hombre sacó la mano por debajo de la capa y entregó al Jején una bolsa llena de dinero.

—Gracias.

—No faltes.

El embozado se alejó, y Lúcas volvió á entrar á la fonda y se sentó á la mesa.

—Pues como decia yo, es preciso atacar á unos soldados del rey que llevan un prisionero.

—¿Y libertar al prisionero?

—No; menor es el riesgo: atacar á los soldados, hacerlos huir y despachar al prisionero.

El Jején acompañó estas últimas palabras con un sublime movimiento, que consistió en pasar su mano cerrada y figurando que tenia un cuchillo, al derredor de su cuello.

—¿Y luego?—preguntó uno de aquellos hombres.

—Luego, á nuestras casas: ¿os parece difícil?

—No; ¿pero cuántos soldados serán?

—Cuando mas seis, y los tomamos de sorpresa.

—Estoy conforme.

—Y yo.

—Y yo.

En este momento sonaron las ocho, y los cuatro se pusieron de pié, se santiguaron, y murmuraron devotamente una oracion por las Animas del Purgatorio, adonde estaban tratando de enviar un refuerzo.

—¿Y eso cuándo será?—preguntó uno de ellos cuando acabó de rezar la plegaria.

—Esta misma noche; de manera que para mañana ya despachamos y estamos ricos—contestó el Jején.

—¿Cuánto dan?

—Me pasan doscientos pesos para cada uno de vosotros.

—¿Vamos á pié?

—No, el patron me dará caballos; vosotros no teneis que traer mas que vuestras armas.

—Bien; ¿y qué tales caballos serán?

—Buenos; los he reconocido yo, y sabeis que lo entiendo: además de los doscientos pesos, los caballos se os regalán.

—Soberbio!

—Conque id á traer vuestras armas; aquí os aguardo: á las nueve en punto saldremos de aquí.

—Vamos.

Y aquellos tres hombres salieron de la fonda y se dirigió cada uno por su lado; el Jején se volvió á sentar á la mesa, y gritó:

—Paulita, Paulita.

La fonda estaba enteramente sola, y cuando Lúcas gritó abrióse una puerta que habia en el fondo y salió una muchacha como de veinte años, morena, bonita, graciosa y vivaracha: vestia un zagalejo encarnado, no llevaba justillo ni armador, sino solo la camisa fina y blanquísima que dibujaba sus bellas formas. En su garganta torneada y mórbida lucia una sarta de gruesos corales, y la corta falda del zagalejo permitia mirar dos piés pequeños, sin medias y calzados con unos ajustados zapatos de seda.

—¿Qué quieres?—dijo aquella muchacha, acercándose con mucha zalamería al Jején.

—Ven acá, mi perla; estoy solo y necesito aguardar aquí á unos amigos: siéntate aquí á hacerme compañía; platicaremos mientras.

La muchacha se sentó al lado de Lúcas y atizó la luz.

—¿Y qué empresa traes entre manos esta noche?

—Una muy grande, que no pueden saber las mujeres, prenda mia—contestó el Jején tomándole cariñosamente la barba.

Paulita hizo un dengue como de disgusto, y apartó la cara.

—Vamos, ¿estás enojada conmigo, buena moza?

—Sí—contestó dengosamente Paulita.

—¿Y por qué, dime, preciosa?

—Porque ya tú no tienes confianza de mí.

—¿Cómo no he de tener, si sé que tú eres mujer de pecho, y mas seguro está un secreto contigo que con un hombre?

—Por eso no me cuentas lo que vas á hacer esta noche.

—Ya te lo contaré despues.

—Despues lo sabré sin que me digas nada; por eso quiero yo mas á Farfala, porque ese sí no tiene secretos para mí.

—Oye, Paulita, yo te diré cuanto quieras, pero por Dios que no vuelvas á mentar á ese mal nacido.

—Mal nacido ó no, pero él sí me quiere mas, y yo á él.

—Mira, mira, conozco que todo eso lo dices por verme enojado; pero mas vale que lo dejes en paz.

—¿Y tú te enojas?

—Y mucho.

—¿Celos?

—Puede ser.

—¿Es decir que me quieres mucho?

—Mas que á mi vida.

—Engañador!—dijo graciosamente Paulita, levantando el rostró del Jején con una mano, y plantó en su boca un sabroso beso, que él tuvo cuidado de pagar al recibirlo.

—Vamos, Paulita, eres muy zalamera, y á tí nada se te puede negar. Oye la historia de esta noche.

La muchacha se acomodó bien en su asiento para escuchar, apoyando el rostro sobre la mano izquierda, cuyo bra-

zo descansaba sobre la mesa, y jugando en su derecha con los rizados cabellos del Jején.

Paulita estaba seductora en aquella postura.

—¿Qué linda eres!—exclamó Lúcas.

—Vamos á la historia.

—Pues óyeme: se trata solamente de salir esta misma noche al camino de Cuernavaca, por donde deben ir seis hombres del rey con un prisionero, derrotar á esos seis hombres, quitarles el prisionero y matarlo allí mismo.

—¿Y despues?

—Nada mas.

—¿Y cuánto pagan?

—Para mí quinientos pesos como jefe, y doscientos para cada uno de los otros.

—¿Cuántos sois vosotros?

—Cuatro.

—Entonces ni peligro hay.

—Pero son seis.

—Sí, pero soldados; eso lo haria yo.

—Es verdad; el riesgo no es muy grande.

—Ya lo creo: ¿y cómo se llama el preso que debe morir?

—No lo sé.

—No mientas—dijo Paulita, tirándole suavemente de una oreja.

—Curiosa!

—Ya sabes que no me gusta quedarme en ayunas de nada: ¿cómo se llama el preso?

—¿Y serás capaz de salirte con la tuya?

—Es seguro: vamos, ¿cómo se llama?—insistió Paulita, tirándole entonces del bigote.

—Se llama..... ¿pero por qué lo quieres saber?

- Anda, dímelo, ó te hablo de Farfala.
- No, no me hables de él; te lo diré.
- Dímelo, retrechero.
- Se trata de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.
- ¡Jesus le ampare!—exclamó Paulita, poniéndose pálida y levantándose de su asiento;—¿Don Enrique, el hijo del conde de Torre-Leal?
- El mismo: ¿pero qué te pasa? ¿por qué te pones pálida? ¿por qué te espantas?
- No, Lúcas, no; tú no harás eso si me quieres bien.
- Pero Paulita, ¿qué tienes que ver con ese hombre? ¿será tu amante?
- Lúcas, ese hombre no es mi amante, pero le amo, le respeto como á mi padre mismo: yo no quiero, no quiero; tú no le matarás.
- Y la muchacha apoyó su cabeza en el seno de Lúcas y comenzó á llorar.
- Paulita, jamás te he visto así: ¿qué misterio es este? Explicámelo, porque comienzo á pensar cosas horribles—dijo Lúcas.
- Aquí no hay misterio, aquí nada hay de malo que pueda excitar tus sospechas: Lúcas, esta historia es mi historia; si yo te la contara, amarias á Don Enrique como le amo yo, le respetarias como yo le respeto: Lúcas, estoy segura de que lloras si escuchas esa historia.
- Cuéntamela, cuéntamela, Paulita, y no te aflijas—contestó el Jején, acariciando la negra cabellera de la muchacha.
- Sí, Lúcas, te la contaré porque me quieres, ¿es verdad?
- Eres mi único cariño en la tierra, y cuando tenga dinero me meteré á buen vivir y me casaré contigo.

- Pues voy á contártela para que hagas cuanto puedas por Don Enrique, para que su persona sea sagrada para tí. Escúchame: ¿tardarán aún tus compañeros?
- Si no han de volver hasta las nueve.
- Pues óyeme con atencion.
- El Jején se dispuso á escuchar, y Paulita, limpiándose sus grandes ojos negros con la vuelta de su delantal, comenzó su historia de esta manera.